

Quaderns de Construcció de Pau

Educar para
una Cultura de Paz



Quaderns de Construcció de Pau es una publicación de la Escola de Cultura de Pau que tiene el objetivo de difundir y acercar al público interesado las investigaciones que se llevan a cabo en esta institución en el ámbito de la construcción de la paz. Los cuadernos de investigación seguirán tres líneas de trabajo fundamentales. En primer lugar se ofrecerán documentos de análisis sobre diferentes temas de actualidad, aportando reflexiones de carácter académico. En segundo lugar se elaborarán documentos en los que se formularán propuestas que faciliten la intervención de los actores implicados en los diferentes ámbitos de la construcción de la paz. Finalmente se elaborarán monográficos de análisis de conflictos armados, tensiones, procesos de paz o procesos de rehabilitación posbélica que están teniendo lugar actualmente fruto del análisis sobre el terreno del personal investigador de la Escola de Cultura de Pau.

RESUMEN

La cultura de paz es una tarea educativa que pasa por educar en y para el conflicto, en desenmascarar la violencia cultural y el patriarcado, en educar para la disidencia, el inconformismo y el desarme, en responsabilizarnos, en movilizarnos, en transformar los conflictos, en llevar a cabo el desarme cultural, en promover una ética global y en buscar un consenso fundamental sobre convicciones humanas integradoras, entre otras cosas.

Como es bien sabido, la paz es algo más que la ausencia de guerra, y tiene que ver con la superación, reducción o evitación de todo tipo de violencias, físicas, culturales y estructurales, y con nuestra capacidad y habilidad para transformar los conflictos, para que en vez de tener una expresión violenta y destructiva, las situaciones de conflicto, siempre que sea posible, puedan ser oportunidades creativas, de encuentro, comunicación, cambio, adaptación e intercambio. Este nuevo enfoque es el que persigue la "cultura de paz", o "cultura para la paz", si la entendemos como un proceso que, en primera instancia, habrá de transformar la "cultura de la violencia", tan presente en nuestras sociedades.

En este Quadern me propongo argumentar que la cultura de paz es una tarea educativa que pasa por educar en y para el conflicto, en desenmascarar la violencia cultural y el patriarcado, en educar para la disidencia, el inconformismo y el desarme, en responsabilizarnos, en movilizarnos, en transformar los conflictos, en llevar a cabo el desarme cultural, en promover una ética global y en buscar un consenso fundamental sobre convicciones humanas integradoras, entre otras cosas.

Educar para la paz, sin duda alguna, implica **educar sobre el conflicto**, que no debe ser confundido con la violencia. Tendríamos que dedicar más tiempo a aprender de nuestros propios conflictos, puesto que la paz no es otra cosa que la "fase superior de los conflictos", es decir, el estadio en el que los conflictos son transformados por la personas y por las comunidades de forma positiva, creativa y no violenta¹. Para ello resulta fundamental estimular la creatividad para que al buscar soluciones a los conflictos prevalezca la comprensión mutua, la tolerancia y el desbloqueo de posiciones. Necesitamos, por tanto, cambiar nuestra percepción del conflicto y la forma de acercarnos a él. "Uno de los primeros pasos es entender el potencial positivo inherente en todas las situaciones de desacuerdo. Necesitamos transformar cómo pensamos sobre los conflictos. Solemos pensar que el conflicto es siempre una interrupción del orden, una experiencia negativa, un error en las relaciones. Sin embargo, hemos de entender que el conflicto es un crecimiento de la diversidad que puede ser utilizado para clarificar las relaciones, proporcionar caminos adicionales de pensamiento y opciones para actuar de una forma no considerada previamente, y abrir posibilidades para mejorar la relación".² Antes de regular el conflicto, sin embargo, hay que tener el valor de **reconocer su existencia**. Reconocer que formamos parte de una situación conflictiva es ya un paso importante, previo y necesario para abordar cualquier otro, y sobre todo para adentrarnos en el camino del diálogo continuo como método para solucionarlo.

No puedo resistir de citarles una genial definición de la violencia que, hace ya unos cuantos años, nos dio el pedagogo Bruno Bettelheim³, al señalar que "la violencia es el comportamiento de alguien incapaz de imaginar otra solución a un problema que le atormenta". A menos que creamos en la determinación biológica de la maldad humana, hemos de convenir que la violencia humana, tiene mucho que ver con esa **falta de educación y entrenamiento para manejarse en los inevitables conflictos** que todo individuo ha de tener durante su existencia, y en imaginar salidas positivas para dichos conflictos. No hay violencia gratuita si previamente no ha existido frustración, miedo, mal trato, desamor o desamparo en la persona que la protagoniza. Desde hace muchos años sabemos con certeza que **la agresión maligna no es instintiva, sino que se adquiere, se aprende**, especialmente en la infancia, y como ha señalado el psiquiatra Rojas Marcos en un libro divulgativo sobre este tema⁴, los valores culturales promotores de violencia, como el culto al machismo, la glorificación de la competitividad o el racismo, se transmiten de generación en generación a través del proceso de educación y socialización.

1 GALTUNG, Johan, *Paz por medios pacíficos*, Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 2003, 354 p.

2 MOAWAD, Nazli, "An Agenda for Peace and a Culture of peace", en *From a culture of violence to a culture of peace*, UNESCO, 1996, p. 183.

3 BETTELHEIM, Bruno, *Educación y vida moderna*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982, p.98

4 ROJAS MARCOS, Luis, *Las semillas de la violencia*, Espasa Calpe, Madrid, 1995, 230 p.

Todos los seres humanos tenemos una **cultura**, y esta cultura podemos hacerla evolucionar, porque es dinámica. Nos es posible inventar nuevas maneras de hacer las cosas. No existe un solo aspecto de nuestro comportamiento que esté tan determinado que no pueda ser modificado por el **aprendizaje**. La construcción de la paz, por tanto empieza en la mente de los seres humanos: es la idea de un mundo nuevo. El respeto a los derechos humanos y de las libertades fundamentales, la comprensión, la tolerancia, la amistad entre las naciones, todos los grupos raciales y religiosos: he aquí los fundamentos de la obra de la paz. Excluye el recurso a la guerra con fines expansivos, agresivos y dominantes, así como el uso de la fuerza y de la violencia con fines represivos. La violencia es siempre un ejercicio de poder, sean o no visibles sus efectos, y como tal, puede manifestarse en cualquier esfera de nuestra vida, en lo cultural, lo económico, lo político o lo doméstico. La violencia puede considerarse como la forma más burda y primitiva de la agresión. En este sentido es una fuerza exclusivamente humana que aspira a ser "la" solución que excluya a todas las demás, por lo que también es una censura totalitaria.

Nos interesa especialmente la **violencia cultural**, que es lo opuesto a la cultura de la paz, y que se expresa también desde infinidad de medios (simbolismos, religión, ideología, lenguaje, arte, ciencia, leyes, medios de comunicación, educación, etc., y que cumple la función de legitimar la violencia directa y estructural, así como de inhibir o reprimir la respuesta de quienes la sufren, y ofrece justificaciones para que los seres humanos, a diferencia del resto de especies, se destruyan mutuamente y sean recompensados incluso por hacerlo. Desenmascarar y deconstruir esta violencia cultural es, pues, una tarea fundamental a desarrollar desde el ámbito de la educación.

La cultura de la violencia está enraizada en el **patriarcado**, un sistema de control y de dominación masculino mantenido durante siglos, por el que los hombres, desde diferentes instituciones públicas y privadas, han ejercido el poder y subyugado a las mujeres, y más contemporáneamente a la naturaleza, mediante la violencia y la fuerza, y han considerado e impuesto como la norma universal lo que no era más que el patrón de comportamiento del arquetipo viril. Para superar esa raíz de la cultura de la violencia resulta imprescindible poner en práctica los principios de la **coeducación**, entendida como la acción educadora que valora indistintamente la experiencia, las aptitudes y la aportación social y cultural de las mujeres y los hombres, en igualdad de derechos, sin estereotipos sexistas y androcéntricos, ni actitudes discriminatorias, con objeto de conseguir el objetivo de construir una sociedad sin subordinaciones culturales entre mujeres y hombres. Los principios de la coeducación son, además, un elemento fundamental

en la prevención de la violencia machista⁵. Y como consecuencia de estas prácticas, los hombres deben asumir otros patrones de masculinidad; una **nueva masculinidad** que no esté dissociada del cuidado, la ternura y la compasión, y que tenga su plasmación tanto en el plano personal como en el social. Sólo así, hombres y mujeres podrán compartir el mundo a partir de sus diferencias, sin que estas supongan desigualdad ni discriminación de unos sobre otras.

En uno de los periódicos informes que la UNESCO realiza y sirven de reflexión sobre las dinámicas culturales que se producen en el mundo, más allá de las estadísticas, Jacques Delors apuntaba que "la educación tiene la misión de **capacitar** a cada uno de nosotros sin excepciones en desarrollar **todos sus talentos** al máximo y a **realizar su potencial creativo**, incluyendo la responsabilidad de sus propias vidas y el cumplimiento de los objetivos personales"⁶. En el informe mencionado, Delors señalaba que la educación ha de organizarse alrededor de cuatro aprendizajes, que serán los pilares del conocimiento a lo largo de la vida de cada individuo, y que perfectamente podrían considerarse también los cuatro ejes de la educación para la paz:

- 1) **aprender a conocer**, esto es, adquirir los instrumentos de la comprensión
- 2) **aprender a hacer**, para poder actuar sobre el entorno
- 3) **aprender a vivir juntos**, para participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas
- 4) **aprender a ser**, progresión esencial que participa de los tres aprendizajes anteriores

Desde la educación para la paz se ha dicho siempre, y con razón, que hemos de **educar también para la disidencia, la indignación, la desobediencia responsable, la elección con conocimiento y la crítica**, es decir, para salirnos de las propuestas de alienación cultural y política. Desde esta perspectiva, la educación para la paz "consiste en analizar este mundo en que vivimos, pasarlo por la crítica reflexiva emanada de los valores propios de una cosmovisión pacifista y lanzar a los individuos a un compromiso transformador, liberador de las personas en tanto en cuanto que, movidas por ese análisis crítico, quedan atrapadas por la fuerza de la verdad y obligados en conciencia a cooperar en la lucha por la emancipación de todos los seres humanos y de sí mismas, en primer lugar"⁷. Es más, y en palabras del ex director general de la UNESCO, "tenemos la obligación moral de fomentar en nosotros y en nuestros hijos la capacidad de oponernos a que un sinnúmero de cosas parezcan normales, cotidianas y aceptables en el

5 Definición basada en el artículo 12 de la Ley 5/2008 del derecho a las mujeres a erradicar la violencia machista, de la Generalitat de Catalunya.
6 DELORS, Jacques, *Educación: hay un tesoro escondido dentro*, UNESCO, 1996, 250 p.

7 RODRÍGUEZ, Martín, "Educar para la paz y la racionalidad comunicativa", en *Educando para la paz: Nuevas propuestas*, Universidad de Granada, 1994, p. 366.

entorno, tanto natural como social... Debemos **luchar contra la pereza y la tendencia al conformismo y el silencio** que la sociedad fomenta".⁸ Educar, en otras palabras, significa dotar al individuo de la **autonomía** suficiente para que pueda razonar y decidir con toda libertad. Significa proporcionar los criterios que nos permiten defender nuestras diferencias y divergencias sin violencia, "fomentar la capacidad de apreciar el valor de la libertad y las aptitudes que permitan responder a sus retos. Ello supone que se prepare a los ciudadanos para que sepan manejar situaciones difíciles e inciertas, **prepararlos para la responsabilidad individual**. Esta última ha de estar ligada al **reconocimiento del valor del compromiso cívico**, de la asociación con los demás para resolver problemas y trabajar por una comunidad justa, pacífica y democrática, porque el derecho y la necesidad de alcanzar una autorealización personal no ha de ser ni un obstáculo ni una incompatibilidad con la necesidad de formarnos como ciudadanos responsables y con conciencia pública.

Esto supone siempre, y en primera instancia, una mirada hacia nuestro interior, en darnos la posibilidad de decidir y en ejercitar el derecho de pensar lo que queremos, en imaginarnos un futuro y en practicar la política en primera persona, sin más intermediarios iniciales que nuestra propia conciencia, para después coparticipar con nuestras semejantes, reconociéndonos autoridad (que no poder) y capacidad creativa, y en asumir que estos actos pueden transformar la realidad. Pero la educación para la paz ha de ser también una **educación para el encuentro de las individualidades**, una educación para la conspiración, la cooperación, la cesión de confianza, un lugar donde aprender el manejo de nuestras potencialidades de transformación y en donde los proyectos culturales se conviertan en actividad política. El proyecto de cultura de paz, en definitiva, sólo alcanza sentido en la medida que sea un instrumento útil para **movilizar a la gente**, para su propia transformación y la de su entorno. Frente a la violencia y el terror, además, el discurso de la cultura de paz habría de ser como una batería para cargar pilas a la sociedad civil, a sus conciencias y a sus posibilidades de actuación, para rebelarse, conquistar el alma y derrotar cultural y espiritualmente a la violencia, redefiniendo la democracia, la civilidad y la esfera de lo sacro. Nos situamos por tanto ante una **actitud transformativa**.

Si asumimos que el conflicto es un proceso interactivo, una construcción social y una creación humana que puede ser moldeada y superada, y que por tanto no transcurre por senderos cerrados o estancos en los que la fatalidad es inevitable, hemos de convenir también que las situaciones conflictivas son también depositarias de oportunidades

positivas, en la medida en que la situación de conflicto sea el detonante de procesos de conciencia, participación e implicación que transformen una situación inicial en otra con mayor carga positiva. La **transformación de conflictos** es una mirada empirista que asume de entrada los límites, la complejidad y lo imprevisible de todo conflicto, pero que lo hace al tiempo que está convencida de la potencialidad transformadora de los seres humanos y de las sociedades. A diferencia de otros modelos de tratamiento de conflictos que trabajan desde el exterior, en la epidermis o en las consecuencias del conflicto, el planteamiento de la transformación de los conflictos adopta como sistema de análisis el viaje hacia el interior del conflicto para trabajar también desde su corazón, dando razón a quienes propugnan que la alternativa al conflicto no es la paz superficial o aparente, sino una dialéctica siempre abierta que permita sacar rendimiento creativo al propio conflicto. La transformación de conflictos es una apelación a la creatividad humana, a una creatividad constructiva para lograr un beneficio no exclusivo y un consenso que potencie la confianza en las personas en superar sus dificultades. En palabras de Lederach, "la transformación de conflictos significa preveer los reflujos de los conflictos sociales y responder a ellos como oportunidades vivificantes para crear procesos hacia un cambio constructivo que reduzca la violencia, haga crecer la justicia en las interacciones directas y las estructuras sociales y responda a los problemas reales de las relaciones humanas".⁹ Nada más cercano, pues, que al camino de construir una cultura de paz.

La educación es, sin duda alguna, un instrumento crucial de la **transformación social y política**. Si estamos de acuerdo en que la paz es también la transformación creativa de los conflictos, y que algunas de sus palabras-clave son el conocimiento, la imaginación, la compasión, el diálogo, la solidaridad, la integración, la participación y la empatía, hemos de convenir que su propósito no es otro que formar una cultura de paz, opuesta a la cultura de la violencia, que pueda desarrollar esos valores, necesidades y potencialidades. Es a través de la educación "que podremos introducir de forma generalizada los valores, herramientas y conocimientos que forman las bases del respeto hacia la paz, los derechos humanos y la democracia, porque la educación es un importante medio para eliminar la sospecha, la ignorancia, los estereotipos, las imágenes de enemigo y, al mismo tiempo, promover los ideales de paz, tolerancia y no violencia, la apreciación mutua entre los individuos, grupos y naciones."¹⁰

⁹ John Paul Lederach, *The little book of Conflict Transformation*, Good Books, Pensilvania, 2003.

¹⁰ SYMONIDES, Janusz; SINGH, Kishore, "Constructing a culture of peace: challenges and perspectives. An introductory note", en *From a culture of violence to a culture of peace*, UNESCO, 1996, pp. 20-30.

Pero vivimos en un mundo violento, en el que la cultura de la violencia impregna todas las esferas de la actividad humana: la política, la religión, el arte, el deporte, la economía, la ideología, la ciencia, la educación... incluso lo simbólico, y siempre con la función de legitimar tanto la violencia directa como la estructural, y por supuesto, la guerra, buscando siempre razones y excusas para justificar el uso de la fuerza y la práctica de la destrucción, y normalmente en nombre de algo superior, ya sea un Dios o una ideología. La violencia cultural sirve también para paralizar a la gente, para infundirle el miedo, para hacerla impotente frente al mundo, para evitar que dé respuestas a las cosas que la oprimen o le producen sufrimiento. La educación para la paz, por tanto, ha de ser una **esfuerzo capaz de contrarrestar estas tendencias y de consolidar una nueva manera de ver, entender y vivir el mundo**, empezando por el propio ser y continuando con los demás, horizontalmente, formando red, dando confianza, seguridad y autoridad a las personas y a las sociedades, intercambiándose mutuamente, superando desconfianzas, ayudando a movilizarlas y a superar sus diferencias, asomándolas a la realidad del mundo para alcanzar una perspectiva global que después pueda ser compartida por el mayor número posible de personas. El reto de la educación y de la cultura de paz, por tanto, es el de dar responsabilidad a las personas para hacerlas protagonistas de su propia historia, y con instrumentos de transformación que no impliquen la destrucción u opresión ajena, y no transmitir intransigencia, odio y exclusión, puesto que ello siempre supondrá la anulación de nuestro propio proyecto de emancipación y desarrollo.

La cultura de paz favorece el **desarme** y, por ello, se opone a la política de militarización de la sociedad. Hace dos décadas, con el fin de la Guerra Fría y la disolución del imperio soviético, el mundo experimentó una importante reducción de sus gastos militares, hasta el punto de hablarse de la existencia de un potencial "dividendo del desarme". De los 1'2 billones de dólares de gasto en 1998 se pasó a menos de 800.000 en pocos años, sin que el ahorro no obstante fuera a parar directamente para atender a las necesidades sociales de muchos países o al cubrimiento de los gastos de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Es más, y lo que constituye motivo de enorme preocupación, a partir de la "guerra contra el terror" de 2001, los gastos militares mundiales no han dejado de aumentar, hasta situarse en 1'6 billones de dólares en 2010, equivalente a más de 4.400 millones de dólares diarios, de los que el 42'8% corresponde al gasto militar de los Estados Unidos, que ha de hacer frente a un importante gasto por las operaciones en Iraq y Afganistán. Desde el 2003, además, el comercio mundial de armamentos pesados ha visto igualmente incrementarse, alcanzando la cifra de 25.000 millones de dólares

en el año 2010, del que un 30% corresponde las exportaciones realizadas por Estados Unidos. ¿Nos conduce este rearme a un mundo más seguro? Evidentemente no. El rearme, en todo caso, detrae recursos humanos y materiales necesarios para hacer frente a las verdaderas amenazas a la seguridad, como la pobreza, el terrorismo, las enfermedades infecciosas, la degradación del medio ambiente o la delincuencia organizada transnacional. Un mundo con menos pobreza es, en cualquier caso, un mundo más seguro, como lo es un mundo con menos países invadidos por tropas extranjeras. Esta militarización de la sociedad viene dada por un concepto anticuado de la seguridad, que la asocia con el armamentismo. Hay, pues, todo un trabajo educativo para mostrar que la seguridad humana, la seguridad ecológica y la seguridad democrática son formas más razonables y efectivas de encarar los problemas del mundo de hoy.

La educación para la paz, que repito es también una educación sobre los conflictos, ha de poner mucho énfasis en algunos otros aspectos que me gustaría mencionar. El primero, básico y fundamental, es **aprender a reconocer los intereses del oponente**. Esto significa olvidarnos de una vez de la palabra "victoria", porque la victoria sólo conduce a la victoria, no a la paz. Todas las técnicas de resolución de conflictos parten de esta importante premisa que concierne exclusivamente a los actores y a su capacidad de realizar transferencias positivas, de negociar e intercambiar, de transformar voluntariamente objetivos iniciales y de **generar empatía**, esto es, de comprender las emociones y los sentimientos de los demás, de colocarnos en su lugar y circunstancia. Todos estos requisitos son posibles si se actúa desde la autoridad, pero no desde el poder que oprime y jerarquiza.

La segunda consideración se refiere a la urgencia de que los pueblos dominantes terminen con su arrogancia y lleven a cabo un "desarme cultural", aceptando el hecho de la multiculturalidad y la riqueza de la diversidad humana. La educación para la paz debería enseñarnos a perder el miedo a la diferencia del otro, a **tratar a las demás culturas en igualdad de condiciones**, vacunándonos de la tentación de imponer a los demás aquellos modelos económicos, políticos, culturales y tecnológicos que no nos conducen a la felicidad. La educación, en este tema, puede jugar un papel trascendental, en la medida que puede ayudar a comprender el mundo y a comprender al otro con objeto de conocerse mejor a sí mismo.

Para la UNESCO, "la cultura es el conjunto de elementos simbólicos, estéticos y significativos que forman la urdimbre de nuestra vida y le confieren unidad de sentido y propósito, de la cuna a la tumba.... Se trata también del modo en que las comunidades se expresan y vinculan entre sí, como grupos que

comparten preocupaciones y experiencias, que sirven a su vez para proyectar recuerdos, hallazgos e incluso traumas y temores, más allá de los límites de nuestra existencia mortal, a las generaciones venideras. La cultura es, sobre todo, **comportamiento cotidiano**, que refleja la "forma de ser" de cada cual, el resultado de sus percepciones y reflexiones, la elección íntima entre las distintas opciones que la mente elabora, la respuesta personal a las cuestiones esenciales, el fruto en cada uno del conocimiento adquirido, la huella de los impactos del contexto en que se vive."¹¹

La cultura de paz, portanto, "es una cultura que promueve la pacificación. Una cultura que incluye estilos de vida, patrones de creencias, valores y comportamientos que favorezcan la construcción de la paz y acompañe los cambios institucionales que promuevan el bienestar, la igualdad, la administración equitativa de los recursos, la seguridad para los individuos, las familias, la identidad de los grupos o de las naciones, y sin necesidad de recurrir a la violencia".¹²

Ello implica que hemos de aprender a ser miembros de una comunidad global. Cuando hablamos de **comunidad global o planetaria** es para referirnos exclusivamente a un conjunto mínimo de cosas (valores, normas y comportamientos) que consideramos esenciales para nuestra propia supervivencia, para nuestro desarrollo y para una convivencia más armoniosa y digna. Todo lo demás puede o no ser compartido, pero queda fuera de la necesidad inmediata. Hoy día no tenemos más posibilidades que pretender universalizar una moralidad mínima, unas reglas del juego que vinculen a todas las personas y que permitan desterrar los tratos más denigrantes sobre las personas y sociedades, e instaurar lo que Hampshire¹³ llama "una noción tenue de justicia procedimental mínima: las condiciones de mera **decencia**". Probablemente deberíamos empezar exigiendo que nuestras sociedades e instituciones sean decentes, esto es, que se comporten de manera que no humillen ni a sus integrantes ni a quienes no pertenecen a ella. El difícil objetivo residiría en reducir la competitividad, transformándola gradualmente en un sentido solidario de colaboración entre las sociedades humanas, lo que nos conduce a tres de las grandes tareas aquí planteadas: ensanchar las lealtades grupales, educarnos para las responsabilidades colectivas y actuar para transformar las macroestructuras mundiales. Se trata, en definitiva, de recuperar el sentido de "estar y hacer juntos" el sentido del bien común, y de entender que el bien común está representando por la existencia del otro, y que la realización de esta existencia del otro requiere unas condiciones de espíritu (del sistema de valores, de

lo simbólico) y de la acción (instituciones políticas y medios económicos). Es imprescindible, en este sentido, que los humanos nos reconozcamos como seres portadores de derechos y obligaciones.

Educar para la paz y sentar las bases para una cultura de paz significa preparar a las nuevas generaciones para **buscar un nuevo consenso fundamental sobre convicciones humanas integradoras**¹⁴, que como ha señalado Hans Küng, incluirá una pluralidad heterogénea de proyectos vitales, comportamientos, lenguajes, formas de vida, conceptos científicos, sistemas económicos, modelos sociales y comunidades creyentes, y que infunde en la sociedad internacional unas pautas de comportamiento ético y moral, comprensión humana y empatía, con el propósito de lograr una cooperación pacífica en la mejora de la condición humana. Este consenso no puede ser una norma estricta, o una imposición policial, sino un consenso ético, un diálogo entre todas las tradiciones culturales, un no-centrismo de la historia del pensamiento humano, más fácilmente obtenible cuanto mayor sea nuestra percepción de sentirnos miembros responsables del planeta, solidarios con el mundo por ser parte de él, y conscientes de que para el bien de muchos, unos pocos deberemos limitar nuestro bienestar y **aceptar la suficiencia**. Esta nueva mirada hacia el mundo persigue, en primer lugar, entender mejor su complejidad y diversidad, para después, o paralelamente, **consensuar un "código de conducta universal"**, una **ética global o una macro-ética planetaria**, definida como una ética de corresponsabilidad planetaria que tenga en cuenta los efectos de cuanto hacemos, para nosotros y para las futuras generaciones, **buscando un mínimo de valores que podamos compartir y defender todas las sociedades**, sin imposiciones ni occidentalizaciones, **con sus correspondientes responsabilidades que puedan ser traducidas en normas exigibles**.

Todas las personas y todas las sociedades somos portadoras de potencialidades de bien y de mal, de creación y de destrucción. Nos decantamos, individual y colectivamente, más hacia un lado o hacia el otro en función de múltiples factores, que actúan al unísono, aunque con intensidad variable: las creencias religiosas, las tradiciones étnicas, nuestro nivel de pensamiento utópico, nuestra capacidad de disensión o de sometimiento, y un largo etcétera. Muchos, muchísimos de esos factores son culturales, y por tanto son transformables. Esa constatación es lo que da pleno sentido a la educación para la paz, y la convierte en la herramienta fundamental para construir un futuro con un horizonte en el que se vaya construyendo la cultura de la paz.

11 MAYOR ZARAGOZA, Federico, op.cit , p. 111

12 BOULDING, Elise, "The concept of peace culture", en *Peace and Conflict Issues after the Cold War*, UNESCO, 1992, p. 107.

13 HAMPSHIRE, Stuart, *Innocence and Experience*, Harvard University Press, 1989.

14 KÜNG, Hans, *Proyecto de una ética mundial*, Editorial Trotta, Madrid, 1991, 174 p.

Escola de Cultura de Pau (UAB)

La *Escola de Cultura de Pau* fue creada en 1999, con el propósito de organizar varias actividades académicas y de investigación relacionadas con la cultura de la paz, la prevención y transformación de conflictos, el desarme y la promoción de los derechos humanos.

La Escola está financiada básicamente por el Gobierno de la Generalitat de Catalunya, a través de la Agencia Catalana de Cooperación al Desarrollo (ACCD) de la Secretaría de Asuntos Exteriores del Departamento de Gobernación y Relaciones Institucionales. La *Escola* está dirigida por Vicenç Fisas, que a la vez es el titular de la Cátedra UNESCO sobre Paz y Derechos Humanos de la Universitat Autònoma de Barcelona.

Las principales actividades que realiza la *Escola de Cultura de Pau* son las siguientes:

- La **Diplomatura de Cultura de Paz** (postgrado de 230 horas lectivas y 70 plazas).
- Las **asignaturas de libre elección** "Cultura de paz y gestión de conflictos", y "Educar para la paz y en los conflictos".
- **Iniciativas de sensibilización e intervención en conflictos**, por las que se facilita el diálogo entre actores en conflicto.
- **Programa de Derechos Humanos**, que realiza un seguimiento de la coyuntura internacional en materia de derechos humanos, y en especial de aquellos ámbitos temáticos que actualmente marcan la agenda mundial, como la incidencia del terrorismo en el disfrute de todos los derechos o la responsabilidad social corporativa.
- **Programa de Educación para la Paz**, cuyo equipo promueve y desarrolla el conocimiento, los valores y las capacidades de la Educación para la Paz.
- **Programa de Música, Artes y Paz**, que se centra en la investigación de iniciativas artísticas que contribuyen a la construcción de la paz.
- **Programa de conflictos y construcción de paz**, que realiza un seguimiento y análisis diario de la coyuntura internacional, en materia de conflictos armados, situaciones de tensión, crisis humanitarias, desarrollo y género, con objeto de realizar el informe anual Alerta!, informes quincenales, mensuales y trimestrales.
- **Programa de Procesos de Paz**, que realiza un seguimiento y análisis de los diferentes países con procesos de paz o negociaciones formalizadas, y de aquellos países con negociaciones en fase exploratoria. Dentro de este programa se enmarca el proyecto Colombia, dedicado a dar visibilidad a las iniciativas de paz para este país.
- **Programa Construcción de Paz Posbélica**, desde el que se lleva a cabo un seguimiento y análisis de la ayuda internacional en términos de construcción de la paz en contextos bélicos y posbélicos.

Escola de Cultura de Pau

Edifici MRA (Mòdul Recerca A)

Campus de la UAB

08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès)

Barcelona, España

Tel.: +34 93 586 88 42 / Fax: +34 93 581 32 94

escolapau@uab.cat

<http://escolapau.uab.cat>



Edifici MRA (Mòdul Recerca A)
Campus de la UAB
08193 Bellaterra
(Cerdanyola del Vallès)
Barcelona, España

Tel.: +34 93 586 88 48
Fax: +34 93 581 32 94
escolapau@uab.cat
<http://escolapau.uab.cat>